

Cine

Billy Wilder celebra sus noventa años arremetiendo contra Hollywood

«Aunque me rechacen guiones, no me doblegaré»

Viena. Mónica Fokkelman

Billy Wilder no ha perdido a sus noventa años, que hoy cumple, esa forma de ser tan cáustica con la que nos ha deleitado en sus inolvidables películas. Sus siete Oscar y las cincuenta y ocho películas realizadas no son para el nonagenario director motivo de orgullo. «Lo que más me enorgullece es haber aparecido dos veces en el crucigrama del New York Times, una en horizontal y otra en vertical», afirma irónicamente Wilder.

Con motivo de su noventa cumpleaños, el cineasta ha efectuado unas declaraciones en exclusiva a la televisión austriaca repletas de frases afiladas algunas de ellas dirigidas a esa Viena donde Wilder pasó su infancia y que hace apenas dos años le dedicó todo un homenaje tras casi 40 años de torpe ignorancia. En aquella ocasión, Wilder no se mordió la lengua mordaz durante su entrevista con el canciller de la República, al que ofreció un papel en un futuro proyecto.

El judío Billy Wilder nacido en la Polonia austriaca (Galitzia), vivió doce años en Viena antes de su estancia en Berlín y de su definitiva huida en 1933 a los Estados Unidos con once dólares en el bolsillo. «Fue Hitler el que tomó la decisión por mí».

«Cuando de niño llegué a Viena me llamaban el polaco y ahora que tengo siete Oscar, de repente soy vienés», dice con razón Wilder cuya figura ha sido desdeñada durante décadas por esa Viena que le vio crecer. «Ya no me quedan amigos en Viena, será que no tenéis buenos médicos» añade.

El director de cine, que según sus propias declaraciones, acude todos los días a su oficina, está trabajando en un nuevo guión que si se lo aceptan esta vez podría ser su próxima película. «Los estudios no apuestan por nada nuevo por temor a que el público lo rechace y con esta mentalidad me han ido denegando guiones en los últimos años. Yo sigo

haciendo lo que me gusta y no me doblegaré».

A Wilder le horroriza que las Facultades de Cine en los Estados Unidos estén llenas de miles de estudiantes. «Todos quieren ser directores de cine y lo que no saben es que tan sólo uno o dos lo conseguirán. En mi época todos querían ser bombero o policía y ahora lo que se lleva es ser cineasta».

Billy Wilder nació el 22 de junio de 1906 en una aldea llamada Sucha, a casi doscientos kilómetros al este de Viena. Su verdadero nombre era Samuel pero su madre, tras pasar un año en América y convertirse en admiradora incondicional de Buffalo Bill, decidió llamar a su hijo menor Billy. En su juventud estudió Derecho en la Universidad, pero abandonó pronto las leyes para dedicarse al periodismo, pero su vocación era el cine.

En 1939 Wilder alcanzó su sueño dorado, dejar de lado la condición de exiliado para obtener la ciudadanía norteamericana gracias a su matrimonio con la hija de un prominente abogado, Judith Iribe. En 1942 debutó como director con una comedieta intrascendente, «El Mayor y la menor». Desde entonces, Wilder tocó los temas más variados, si bien buena parte de su merecida fama la debe a la comedia, «Con faldas y a lo loco», «El apartamento», «Irma la dulce», «Bésame, tonto», «En bandeja de plata», «Primera plana» son algunos de los títulos que le han hecho famoso.

Concierto por Bosnia

Pavarotti cantó en Módena con Liza Minelli, Elton John y Eric Clapton

Roma. Alejandro Pistolesi

En el gran escenario al aire libre, montado en el Parque Novi-sad de Módena, Luciano Pavarotti ofreció su anunciado concierto de beneficencia para recoger fondos destinados a los niños huérfanos y mutilados de la guerra de Bosnia. Un concierto de más de tres horas, con los artistas más famosos de la música ligera internacional, en el que se mezclaron todos los estilos musicales. Más de diez mil personas, sentadas y de pie, en el parque, y unos siete millones ante las pantallas de la RAI, que transmitió en directo el espectáculo. Pero el año pasado, como subrayan los comentarios, fueron más de diez millones. Evidentemente, la fórmula de esta «contaminación de estilos» puede llegar a cansar.

El entusiasmo del público, en su gran mayoría joven, se desencadenó en el momento culminante del concierto, que coincidió con el dueto, realmente sensacional, del tenor con Liza Minelli, que cantaron, animándose recíprocamente, un arrollador «New York, New York». Al principio Pavarotti, al lado de esa fiera fogosa vestida de rojo, estaba un poco tímido pero ella le incitó enseguida con un «go,

Luciano» irresistible, y ya no hubo problemas. En la segunda parte del espectáculo, Liza volvió a adueñarse del público con otra pieza de su mejor repertorio. Entre lo mejor del concierto, merece ser recordado el dueto de Pavarotti con Elton John, «Vivir como caballos», y con Eric Clapton, «Holy mother». Pero también fue una idea muy acertada el dueto de Luciano con Sheryl Crown, que interpretaron, con gracia y dulzura, el aria del «Don Juan» de Mozart, «La ci darem la mano». Sheryl ya había cantado antes «Run baby run», acompañada por Clapton y su banda.

Muy aplaudido, el trío de guitarras de Paco de Lucía, Di Meola y McLaughlin, con una brillante «Mediterranean sundance», llena de brío y de sol. Ya casi al final, Pavarotti y Jon Secada ofrecieron una arrolladora «Granada». Pero los comentarios no fueron favorables para el resto del programa, que en algunos momentos resultó frío, inadecuado y excesivamente largo. Por ello, hubo críticas contra la dirección artística, encomendada a la secretaria del tenor, Nicoletta Mantovani, que según el «Corriere della Sera», «no parece que tiene grandes intuiciones».

Por libre

Buero, pueblo

Antonio Buero Vallejo celebra por adelantado su octogésimo cumpleaños. Lo determinan los anticipados homenajes que con tal motivo se le tributan. El primero se lo rindió el Ateneo de Paulino García Partida. Ahora acaba de recibir, en «Mayte», el de los componentes de la «tertulia del lunes», que dirigen, en Amnistía, Gómez y Contreras. No intentaremos describir el acto, del que ya se ha dado cuenta en estas páginas, pero sí recoger someramente su significado y sumarnos al parecer expresado con ironía por Manuel Gutiérrez Aragón: «Mi deseo es que Buero sobreviva a todos estos homenajes y podamos asistir a muchos más estrenos suyos...».

Algunos creen que ha llegado la hora del balance y tratan de alcanzar una síntesis en el examen de la aportación teatral de Buero Vallejo. No sabemos si próximas obras variarán el sentido último de su significación, pero entendemos que nunca será revisable uno de los elementos que con más precisión ha definido su producción escénica antes de 1975 y que dio en llamarse «posibilismo».

Si, por una parte, el conocimiento de los límites objetivos en que debía desarrollarse su escritura condicionó sus formas, supo, sin embargo, no alterar su mensaje.

Y por otra, también supo asimilar la enseñanza de los clásicos, dominadores, desde Quevedo a Goya, desde Lope a Cervantes, del arte de lo posible. Nada más expresivo, en efecto, que aquel grito que oímos, mezclado con la ovación y los bravos que premiaban un estreno de Buero, de boca de un espectador: «Buero, pueblo».

Se sabe que la mayor, seguramente, de las polémicas que provocó la práctica del «posibilismo», se produjo a raíz del estreno a que acabamos de aludir, el de «Un soñador para un pueblo», en 1959. A este respecto queremos rescatar el fragmento de una carta de Buero (que reproduce Luis Iglesias Feijoo en «La trayectoria dramática de A. B. V.») que sirve para iluminar la apuesta del autor, y que expone sus principales inquietudes: «El problema del poder político y de la madurez o inmadurez relativas de un pueblo; el problema de la relación entre autoridad y libertad... Presentar la ejemplaridad de un gobernante que desapruéba la inmoralidad económica de su esposa y que decide evitar una guerra civil. Y elogiar la ocasión perdida del XVIII, que si no la hubiesen hecho abortar nuestros reaccionarios, habría insertado definitivamente a España en el progreso europeo, me pareció también muy necesario, como advertencia y alarma ante posibles ocasiones futuras parecidas».

Por encima de los menudos hechos políticos cotidianos, el «posibilismo» de Antonio Buero Vallejo alzaba los conflictos de ideas, la lucha ideológica de un momento histórico y su valor como modelo para el presente y el porvenir. Tal fue el sentido de su mensaje en los años difíciles, y cabe recordarlo en esta hora de homenajes.

Eduardo G. RICO